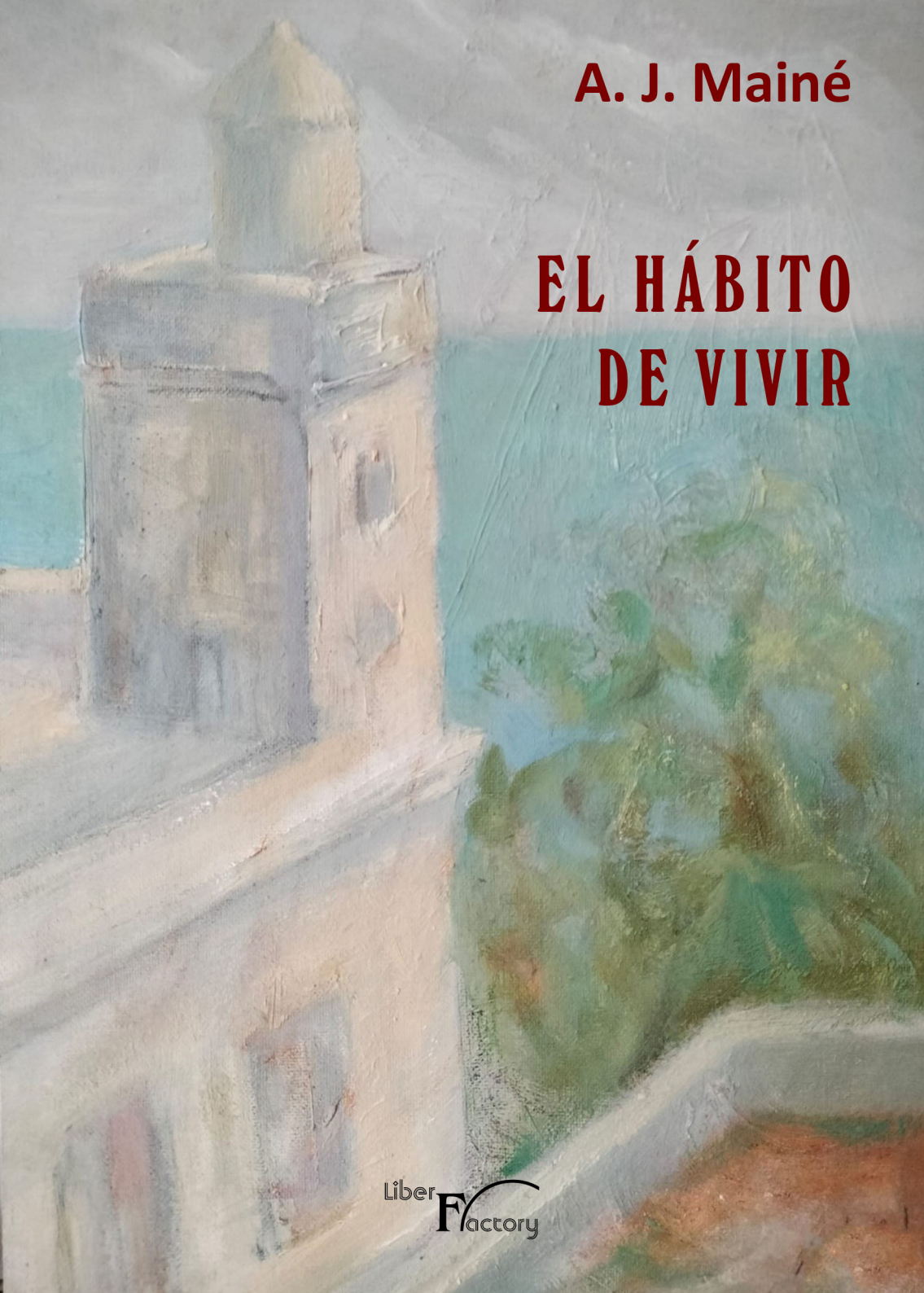

A. J. Mainé
EL HÁBITO DE VIVIR
Liber Factory

# EL HÁBITO DE VIVIR

A.J. MAINÉ

# EL HÁBITO DE VIVIR

Liber Factory

© Obra: El Hábito de Vivir

Primera edición: Julio, 2024

© Autor: A.J. Mainé

ISBN: 978-84-10040-88-

Diseño y maquetación: Ricardo Olivera
Ilustraciones de portada y contraportada: Antonio S. Alarcón

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en librerías físicas y online.

*Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.*

*Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del copyright. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del copyright.*

*Sin embargo, estoy más sediento de vida que en ningún otro tiempo y encuentro el hábito de vivir más dulce que nunca.*

Gustav Mahler



# 1

Venía advirtiendo que al pasar por delante de la foto de mis antepasados se oían suspiros y llamadas casi inaudibles, serenas, apartadas. Giraba la cabeza para verlos y, entonces, guardaban silencio. Ya no existía ninguno, ni siquiera el niño pequeñito, mi padre. Me sentaba delante de ellos en el cómodo y recién tapizado sofá capitoné. Los observaba en su quietud mortecina. Miraban sin verme o al menos eso creía yo. Cuando bajaba los párpados una densa bruma rodeaba mi interior más profundo, se apoderaba de la habitación, musitaba: *no abras los ojos*. Hoy sentí que alguien se colocaba junto a mí. El asiento consintió, con levedad etérea, a la ligereza de la entidad de aquel espíritu de mi sangre. Un suave escalofrío me recorrió.

– *Javier tienes que darnos vida. Quedaron tantas cosas por hablar, tantas por hacer…*

Abrí los ojos; no había nadie. Sólo me acompañaba un intrascendente temblor en las manos. Los delirios que producen los hechos incomprensibles de nuevo me perseguían.

Después de unos momentos de meditación asombrada recordé con cierta torpeza porque no era la ocasión de estar en ello, que delirio en su acepción latina viene a referirse al hecho de salirse del surco al labrar la tierra. Sobre todo, es importante, no saltarse la besana, el primer surco, porque si lo haces lo más probable es que te salgas de todas las líneas al arar. El primer mal ejemplo te lleva al error porque, con casi toda seguridad, vas a continuar cultivando sin mirar demasiado para atrás. En nuestra vida el primer paso no sabe si caerá en el delirio o no. Si se torcerá o no lo hará. Pero, qué más da. Para nosotros el delirio es la confusión mental. Y en la confusión mental caben tantas cosas, de tantas maneras. Encierra la realidad, la fantasía, las circunstancias, el ambiente, las presencias y las ausencias, lo espiritual y lo material, la sinceridad y el engaño, la bondad y la miseria, el amor y el desamor, la envidia, el odio… los sueños… A fin de cuentas, el desorden. En la vida todo se mezcla, aunque luchemos por separarlo. Yo me ayudo para convivir, con el galimatías que es la existencia, de mi individualismo, de mis anhelos, de mis chifladuras, de mis licencias, de mi hambre por dominar lo que me rodea, de mi tran-

quilidad y de mi impaciencia y, por encima de todo, de mi fatalismo. Ahora aparecía aquello: espectros de mi sangre, del pasado, querían algo de mí. ¿Para eso tendría que cabalgar el Pegaso de la quimera y de la alucinación? Yo sólo deseaba echar pelotas fuera, pensar en otra cosa.

¿Qué me pasaba? Cuando se está vivo y en condiciones medio normales la cabeza es un bullir que no descansa ni siquiera cuando duerme. Despierto parece que hay un cierto orden que se domina a veces. Pero al dormir alguien, que no se sabe quién es, manda, ordena, perturba, o sabe Dios, los pensamientos. Crea historias que aparentemente pareciera que no te corresponden. Ideas sin ton ni son. Vamos, una mierda. Entre tanto, supuestamente, estoy despierto. Cuando traspongo la certidumbre vienen a plantarse ante mí patrañas que no quisiera que aparecieran. Sin embargo, lo que deseo con ansiedad, cuando dormito en los brazos de Morfeo, se lo llevan seres extraños que vislumbro que pululan pero que no se dejan ver. Eso sí, se oyen sus murmullos. Además, si pretendes alcanzar lo que anhelas, con complacencia te lo birlan o te sacuden para que despiertes... O te inquietan con fotos de antepasados, con voces del *más allá* que con certeza han estado aguardando en el submundo desde hace años y más años.

¿Locura? ¿Y eso qué es? Si sólo vivir te desarma, te hace malentender que estás de prestado… Quizás no valga la pena tratar de pensar en estas cosas, pero llega un momento que te paras y te dices a ti mismo: ¿por qué no? Es lo que estoy haciendo ahora. ¿Por qué lo hago? Es una manera de hacer frente al destino, aunque el destino deje mucho que desear. No merece la pena que encima le dediquemos más tiempo cuando ya parece excesiva la sangría en agitación que nos zampamos para sobrellevarlo.

Pero está ahí. Nos somete. Nos transporta por donde le da la gana. Así que… Sólo nos queda por ver qué es lo nos descubre o saber qué no nos deja conseguir. Eso sí, podemos especular con ello lo cual, bien pensado, es una estupidez. No obstante, quizá le incomode al delirio o al destino, que vienen a ser lo mismo, que nos dé por tratar de hacerles frente bien sea en el presente o en el devenir. Si logramos aperrearlo, aunque sea un poco, valdrá la pena el intento. ¿Cómo lo haremos? Viviendo y tratando de poner los acontecimientos a nuestro favor o en el favor de otros. ¿Cómo se logra eso? Y yo qué sé. Al final, los hados malignos siempre nos van a dar por saco, o dicho de manera suave: se divertirán con nuestra ansiedad.

Tratarán de alterarnos la conciencia más de la que ya de por sí la tengamos. Nos cabrearán, nos pondrán a

mirar a las musarañas; harán que suframos somnolencia que es donde mejor se manejan, o posiblemente nos agiten en la coctelera del ventajista. Una vez bebidos nos embarullarán y echarán plomo fundido en nuestra memoria para desorganizarnos ad infinitum.

¿A qué venía todo esto? ¿Estas cavilaciones? ¿No sería que deseaba huir de mis antepasados? ¿O es que acaso quería justificarme y justificarlos? ¿Me apoyaba en ideas peregrinas que venían a por mí? ¿Estaba bien? La verdad es que no me había fumado ni un canuto. La realidad se presentaba a su antojo y yo ante ella no era nadie. ¿Miedo? Puede que sí. Yo sí era un ser vivo. Pero existen víctimas del pasado que, aun siendo ya medio–seres, sin ellos no prevaleceríamos tal como somos. Los que ya existieron, la sangre que nos precedió, conserva su voz dentro de nosotros. Luchan por allegarse a decirnos que en sus vidas ocurrieron cosas que quedaron en el silencio o en las malas interpretaciones de los demás. Aunque al final todo se olvida en la cueva en la que se guarecen cientos de generaciones de antepasados… Pero los hay pertinaces y se sobreponen a su muerte física. Escapan de las cárceles de sus abismos o de sus nirvanas y luchan porque participemos de lo que les pasó y ocultaron. Si pueden lograrlo sus destinos se transfigurarán, aunque ya no estén completamente vivos... Y eso al delirio…

¿Quién podía ser de los dos hombres de la foto el que se había dirigido a mí? ¿Mi abuelo Mario o mi tío abuelo Damián? Miré con fijeza buscando una respuesta. Entre ellos eran cuñados. Cerré los ojos.

– *Soy Damián. Siempre nos hemos llevado bien tu abuelo Mario y yo. Nos hemos respetado. Hemos tenido caracteres muy diferentes, eso sí, pero eso no ha sido obstáculo para que nos tratáramos convenientemente. Tu abuelo fue el marido de mi hermana Elena, tu abuela, y eso fue suficiente para mí. Se portaba bien con ella. Los dos murieron jóvenes. No había cumplido los treinta y cinco. Elena se fue para siempre un año después que él. Era una mujer siempre joven mi hermana, tu abuela, y se parecía a ti. Con maldita frecuencia, en nuestros tiempos, la muerte acudía a gentes en la edad en lo que hoy se considera juventud. Yo dejé de existir con treinta y nueve, y ya se me consideraba un hombre mayor. Así se portaba la vida. Tu padre y su hermana fueron los únicos que les permanecieron vivos de los seis hijos que tuvieron tus abuelos. Mi mujer y yo nos quedamos con tu padre. Como comprenderás, en sus existencias, los sufrimientos sometieron sin piedad a sus almas. En casas de ricos y en casas de pobres pasaba lo mismo. Cualquier aire se llevaba a los niños… A tu padre, mi sobrino Daniel, lo eduqué yo con disciplina, con excesiva*

*dureza quizás, pero era un hombre resistente y bueno. A ser más resistente le ayudé; a ser bueno y justo su propia naturaleza le hizo no equivocar el camino.*

Abrí los ojos. Me acordé de mi padre. La voz de mi tío Damián dijo lo que en parte yo sabía. La realidad tembló ante la certeza inviolable que se concilió conmigo sobre lo que escuché. Tan cierto como que respiraba supe que aquellas palabras no salieron de mi mente: llegaron desde la fotografía. El nerviosismo se apoderó del corazón, también de mis entrañas.

Fui a dar una vuelta para tratar de aclarar las ideas.

La tarde olía a mar inquieto, a árboles enajenados, a almas perdidas que buscan su razón de ser. Tenía la sensación de que los árboles se querían arrojar al mar asaltando la balaustrada. El paisaje de mi ciudad se estrellaba todo contra las paredes de los edificios decimonónicos, absortos, mientras el anochecer aguardaba escondido y hosco en los portales para tratar de saborear lo que quedaba de la puesta de sol. Yo soñaba con una plaga de luz que lo cambiara todo. Que me reconvirtiera en un tipo normal. Pero me rodeó un viento que mecía a los espíritus del ayer y me hizo saber que debería entregarme al pasado. Si nó, sería un cobarde. Protesté con un grito ahogado, parecido al

que pinto Munch. Las gaviotas, creyendo que las insultaba, me graznaron con inquina. Quise huir a uno de esos países que se adivinan en el horizonte. Deseé alejarme: atravesar fronteras como un polizón maldito. Sin embargo, ante mí se abría el abismo de la inquietud. Me rodeaban las horas que hieren con sus manecillas apuñaladas de tiempo; caminé sin saber a dónde ir. Sentía desasosiego. Una brisa lenta apareció por el callejón de la piedad. Tuvo pena: comenzó a acariciarme las mejillas. No se veía a nadie. Seguí. Las ideas sobrepasaban la cordura. Oía en la neblina que ser feliz es utopía porque lo maldito nos rodea, juguetea con todos, momento tras momento. La fatalidad se cobra la escasa satisfacción que nos da la vida, o que nosotros nos procuramos. Es tan impenetrable el hecho de vivir como la roca de granito a la que quisieras morder para adorar su alma. Divagaba sobre cosas irreales y entidades del pasado, molestando a mi soledad que anhelaba seguir sin compañía. El mundo giró en un escorzo desgarrador y codició destruirme. La mente debía reaccionar pronto ante la locura de entenderme con fantasmas del pasado.

El caso era que me encontraba desde hacía unos meses atado a ideas repetidas y perturbadas sobre mis orígenes. También sobre la muerte. Unos días la vislumbraba muy cercana y otros se alejaba tanto que